

CONTESTACIÓN
De
DON DIEGO CARBONELL

Señoras y señores:

Debió de ser uno de vosotros, honorables colegas, y no yo, quien saludara en nombre de la ilustre Institución, al nuevo Individuo de Número que viene a compartir con nosotros el arduo trabajo que su antecesor, don José Gil Fortoul, deja inconcluso pero con el esplendor de su pluma que corresponde en justicia al maestro más brillante de la historia constitucional de Venezuela; pues me ligan al recipiendario lazos de tan estrecha amistad, que, quizá penséis (y también yo lo creo) no fuera posible exigírseme un discurso de crítica sobre las hermosas páginas que el señor Cova acaba de leer acerca de la muy brillante y compleja personalidad de Gil Fortoul.

Pero acaso (me pregunto), ¿es forzoso que los lazos de amistad impidan o cohíban el sentido crítico?

—Sí y no; sobre todo en Venezuela donde la crítica es casi un arma que suele esgrimirse para ofender; en la prensa diaria puede comprobarse, muy a menudo, este aserto.

Mas no sería ése el caso del Académico señor Cova, pues él, en varias ocasiones, estableció la crítica con desenfado, y a ratos con sus puntillos de ironía, sin ser sangrienta.

Sí, el señor Cova, más de una vez se ha valido de la crítica para juzgar el pensamiento de otros, o porque el texto que criticaba era monocordio, o porque no se ajustaba, no encajaba en lo que él creía que pudiera tenerse como el molde adecuado; y entonces se forjó la polémica que nunca fue dulce, aunque el crítico, en más de una ocasión, y elegantemente, resolvió el litigio intelectual con una evocación que él maneja con soltura y generosidad; y ésa es la mejor manera de acabar la polémica entre nosotros, porque sea el Trópico o lo que fuere, tenemos la piel erizada de prejuicios, de orgullo y a ratos de una infinita petulancia que, ¡probablemente, nos venga de Libia...! ¿Acaso no es ya tradicional el que en alguno de los mejores diarios de Caracas suene por nada la campana bronceada de Juan Vicente González, sin ser este el tiempo de Juan Vicente González, ni mucho menos podrían tenerse como semejantes las personas del juicio acerbo y la del tumultuoso director del *Diario de la Tarde*...? Por eso lo más que abunda es el tipo del hombre eminente que no perturba su digestión, ni alarma su fe, como decía vociferando en un libro primoroso de César Zumeta, el atormentado colombiano de Utica; que copia indecente y desvergonzadamente el pensamiento exótico o extranjero y que cree haber obtenido como cosa oculta, de contrabando, y que por eso, con la propia complicidad, sigue creyendo que es un hombre eminente y no se da cuenta, porque el orgullo lo tiene miope, de que sólo en su casa es una autoridad: para esos hombres, el señor Cova, y todo pensador que trabaje con sus propias fuerzas mentales, se sonrío si no se burla con la fina sonrisa de la conmiseración que acompañada del silencio es una forma de calificar al hombre eminente que es un simple atrapador de títulos cuando no lo sea de hojalatas y esmaltes.

Como prueba de lo que tengo dicho, nuestro nuevo colega ha publicado en el año de 1934, sus Ensayos de Crítica e Historia, y es blasón de elevado concepto el que sea epígrafe del libro esta frase que debiera tenerse como un programa de trascendencia:

La Historia es verdad y es justicia.

Pero intentemos apreciar el hermoso pensamiento epigráfico: cuando nos referimos a la crítica, entendemos por ésta el examen de un principio, o de un hecho, con la intención de establecer un juicio de apreciación, que, desde luego, suponemos que sea absolutamente personal.

Eso debiera ser lo verdaderamente lógico; mas no siempre lo verdadero equivale a lo que debemos tener por lógico, y que se me perdone el haber incurrido en la paradoja, que ni es el momento de recordar que muchas cosas verdaderas se tuvieron por desatadas mentiras y, claro está, cayeron para el caso concreto en el dominio de lo ilógico.

Ahora bien, lo que suele prevalecer cuando se critica, o cuando por estos barrios criticamos, es que nos valemos de lo que Manuel Kant denominaba sentido crítico, gracias al cual no se aceptaría aserción alguna sin previa interrogación sobre el valor de ella, sea desde el punto de vista de su contenido, o crítica interna, o sea desde el punto de su origen, o crítica externa. Y conviene hacer justicia, esa justicia que el señor Cova identifica con la Historia: entre los más originales trabajadores de esta clase de crítica kantiana, a la cabeza de nuestros intérpretes estuvo Laureano Vallenilla Lanz, y en estos tiempos nuestro admirable Obispo de Usula, filósofo, historiador y erudito como un Anselmo, o como un Aurelio Agustín de Tagasta.

En ese breve volumen del señor Cova que lleva como un blasón de buena fe el luminoso tema epigráfico que ya he mencionado, en el primero de los "ensayos" trata el autor de "las ideas religiosas del Libertador", y tal vez sea éste el problema especialmente escabroso que haya definido el nuevo colega, simplemente porque si nos hubiéramos referido¹ a la religiosidad de Gabriel García Moreno, por ejemplo, habría sido necesario establecer premisas de interpretación para condenar al Presidente del Ecuador por haberse valido de la ingenuidad de su pueblo con fines torpes y pocos piadosos; pero en el caso de nuestro Señor Simón Bolívar el punto es diametralmente opuesto, y debía de serlo, porque Bolívar en nada es comparable al hermano septentrional del doctor José Gaspar de Francia, que era meridional.

Dice Cova, y yo no sabría si dice bien, aunque en mis años mozos yo afirmé algo parecido, que:

"Sería incurrir en un desconocimiento perfecto de la psicología del Libertador, el afirmar que fue creyente convencido, que fue católico práctico y que vivió dentro de los principios que manda a sus fieles la Iglesia Católica. La educación religiosa recibida durante la infancia, —y que sin embargo, como en el caso de Renan, deja en él un sedimento de piedad— cede ante las ideas demoledoras del racionalismo doctrinario que le empujan hasta las fronteras del Agnosticismo. No podía haber sido católico práctico el hombre que en carta para Sucre escrita desde Chancai, había resumido su credo filosófico en esta frase volteriana: "De las cosas seguras, la más segura es dudar". Esta frase parece inspirada en aquella otra de Voltaire que seguramente había leído en su *Correspondencia*:

"Amo a Cicerón, porque duda..."

Se me ocurre pensar que la frase citada por Voltaire es menguada: Cicerón fue discípulo de la escuela del santo judío Filón y aunque transitaba por los caminos del escepticismo, este sistema filosófico no es ni equivaldría al ateísmo volteriano que, en justicia tendría mucho que esperar de la serena justicia de nuestro tiempo. En síntesis la frase o pensamiento de Cicerón no pudiera tenerse como alarde blasfemo ni de ateísmo; el hombre eminente aquel que si perturba su digestión y alarma su fe, no puede, no podría jamás ser ateo, que a lo más le estaría permitido solicitar las fuentes de la religión, o para concretar al caso occidental, le estaría permitido inquirir las fuentes del Evangelio, y en general de la Escritura: en Cicerón la duda debió de ser un arma para comprender mejor las diversas ideologías que hervían en el mundo greco-romano.

Repito: yo no lo sabría, porque la creencia religiosa es un problema muy personal, de fuero interno, de reflexiones íntimas, de herencia inmediata y hasta consecuencia de la medrosidad en los estultos, entre quienes suele vigilar el hombre eminente aquel que no perturba su digestión ni alarma su fe; pero creo que tratándose del Libertador sería hasta inútil saber si fue o no un creyente; dijo esto y lo otro, y por eso nos daría el derecho para concluir, apenas, viendo en sus actos, en los actos de su Excelencia el Presidente de Colombia, que él admitía la existencia de una religión política y de una política religiosa... Y aún lo sobrevive ese concepto que no sería despreciable.

¹ También yo he incurrido en este pecado de interrogar a la historia respecto a la religiosidad de Bolívar. Consult. Mi obrita 1830, París, "Le Livre Libre", MCMXXXI, XXVII 179

Yo lo imagino en el descansillo del coro, en la primorosa capilla de los Dolores, en la aflorada villa bumanguesa; está indicando la moderación en los modales, para luego calificar de loco al buen P. Valenzuela y definir al memorialista De Lacroix sus ideas filosóficas que, en verdad, no serían las de un providencial.

Otro de los libros del señor Cova es *El Superhombre*, cuyo título yo he criticado en una revista chilena.

En 1939, cuando yo preparaba mi viaje para Bolivia, hablábamos Cova y yo a las puertas de un cine de Caracas y él se refería a mi obrita 1830, y exaltado ante la figura egregia del Padre y Libertador agonizante que trato de presentar como ejemplo de nobleza a mis compatriotas, Cova me dijo, como interrogándose a sí mismo:

¿Por qué no podría yo escribir un libro sobre el Libertador?...

La respuesta no se hizo esperar, y apareció *El Superhombre*, en el año de 1940, y le resultó la más hermosa de sus obras, pues como lo afirma el propio Cova:

"Mi sinceridad como escritor la he puesto por entero en este libro, y si algunos de mis juicios sobre próceres nacionales o extranjeros provocaren resquemores, piénsese que de ninguna manera van dirigidos contra esta o aquella nacionalidad: son sí, quiero afirmar una vez más, la expresión sincera de mi pensamiento, y que hoy como ayer, no soy capaz de sacrificar en aras de la "historia de encargo", historia de mala fe, que se paga a tanto la cuartilla para que se pliegue o acomode a los oportunistas intereses del momento..." Y esto se habrá dicho, presumo, para condenar a Herr Emil Ludwig y a los señores porteños don Rómulo Carbia y don Eduardo Colombres Mármol, a quienes Dios perdone y corrija.

Desde luego que esa advertencia de Cova está muy bien, y estaría mejor si él no hubiera hablado de sus sentimientos puestos en esta ocasión al servicio de la apologética, sí, de la apologética que se inspira en el concepto de los semidioses...

Desgraciadamente aún escribimos la Historia inspirándonos en el método teológico a que alude Comte en sus etapas de la evolución cultural de la humanidad; y no se acata que se está transitando por los senderos adormecidos de la casuística impuesta por el Patriotismo y no por la verdad de la Historia que es eso y es justicia, según la fórmula famosa de nuestro recipiendario.

Yo no critico el sistema, pero sí creo que en la balanza de la interpretación más severa, el platillo que contuviera lo esencial de la grandeza bolivariana vence y triunfa sobre el peso increíble de los grandes defectos de nuestro Libertador y Señor.

Os bastaba, señor e ilustre hijo de la noble tierra oriental, tocar a estas puertas de bracero con el perínclito "Ciudadano de América"² nuestro conterráneo, a quien un día el Libertador calificó para la eternidad como el más digno de los generales de Colombia: entrad, que tengo el encargo de mis honorables colegas, para estrecharos la diestra y ofrecereros, en nombre de la Academia Nacional de la Historia, el Sillón que permanece vacío por la desaparición de otro ilustre hijo de la fecunda tierra venezolana.

² Me refiero al más reciente de los libros publicados por el señor J. A. COVA y que lleva por título: *Sucre, Ciudadano de América*, Caracas, 1943.